

vo.—Luego hubo un huevo que no procedió de una gallina. Responded, caballero.—¡Oh! No.... perdonad.... es que.... porque.... ya veis....—Lo que veo, caballero, es que ignoráis si el huevo existió antes de la gallina, ó ésta antes que el huevo.—Pues bien : digo que existió antes la gallina.—En hora buena ; luego tenemos una gallina que no procedió del huevo. Decidme ahora : ¿quién crió esta primera gallina, de la que han procedido todas las otras y todos los huevos? —Páreceme que con vuestras preguntas de huevos y gallinas me tomáis por una criada de gallinero.—Perdonad, caballero ; únicamente os suplico que me digáis de dónde procedió la madre de todas las gallinas y de todos los huevos.—Pero, en fin....—Puesto que no lo sabéis, me permitiréis que os lo enseñe. El que crió la primera gallina es el mismo que crió el mundo y cuanto existe, y á este Ser le llamamos Dios. ¡Cómo, caballero! ¿no podéis sin Dios explicar la existencia de un huevo ó de una gallina, y pretenderéis explicar sin Dios la existencia del universo?

El joven impío no pasó adelante; tomó furtivamente su sombrero, y se fué aver-

gonzado como alma que lleva el diablo.

A este rasgo te puedo añadir otro. Hace muy poco tiempo uno de nuestros pretendidos ateos viajaba en una diligencia, y durante el camino, que había sido largo, no había cesado de aturdir á los viajeros con su impía charla. Al llegar á una parada miró por la portezuela, y vió unas niñas que salían de la escuela dirigida por las buenas Hermanas de la Caridad. Dirigióse á la primera de la fila, y le dijo con aire burlón : «Oye, niña ; tres cuartos te doy si sabes decirme quién es Dios.» La niña comprendió que quería burlarse de ella : salió de la fila, se acercó al carruaje y le dijo : *Dios es un espíritu puro, caballero, y vos sois un purísimo animal.* Hizo luego la niña un gran saludo, y volvió sonriéndose á unirse con sus compañeras. Ya se adivina lo demás....

IV

Cómo ni la casualidad, ni la necesidad, ni la Naturaleza, ni otras «zarandajas» de los impíos, explican el mundo «sin Dios».

No sé si te cansaré, querido Pablo, con tanto machacar y machacar. Pero la cosa creo que lo merece. Porque ya se

te alcanza, sin que hayas calentado ni poco ni mucho los bancos de las universidades, que dejar esto en el aire y no respuntarlo bien es edificar sin cimientos.

—Machaque V., Padre, machaque, que todo es poco. Todo será que le pongamos á usted por mote el *Padre Machaca*. Y oye uno por ahí cada cosa..., que, vamos, serán parruchas y todo lo que V. quiera, pero el hecho es que lo dejan á uno *patidifuso* y sin saber qué contestar.

—Pues por eso, porque todo es poco, y aceptando el mote de *Padre Mach*; úni- voy á probar más despacio la existencia de ese Ser Soberano, principio y fin de todo, causa necesaria y única de cuanto existe, sin la cual nada se explica, con el cual se explica todo, como tú no te explicas sin un padre que te diera el ser. Y de paso verás, si tienes un poco de entendimiento nada más, la insensatez y locura de los que están dispuestos á admitirlo todo, aun las patochadas más monumentales, con tal de no admitir á Dios.

Y primeramente te pruebo la existencia de un Ser Soberano por la creación. Hay

bárbaros (perdóneme su ausencia que no los calumnio) que dicen que todo lo que vemos se explica por la *casualidad*, como te indiqué al principio de esta conferencia. ¿Qué entenderán esos señores por casualidad?

—En efecto: así lo dicen. Figúrese V. que oí una vez un cierto orador que decía: «¿Qué Dios, ni qué ocho cuartos? El mundo se ha hecho á sí mismo. Para crear el mundo no hace falta más que el que los ingredientes, elementos ó qué sé yo, como él se explicoteaba, se encontrasen y se combinasen.» Yo pensé, y lo decía para mi coleteo, que para todo eso era preciso que antes existiesen, y ¡cómo habían de existir tales elementos, ó llamémoslos materiales, si nadie los creaba! Pero, ¡nada!; el que todo era hijo de un señor que él llamaba *acaso*, y que la *casualidad* por arriba y la *casualidad* por abajo, y la materia (supongo que quería decir materiales) y los átomos, y qué sé yo qué galimatías armaba, de lo que resultaba que este mundo tenía más casualidades que la capa del estudiante. Todito era una pura casualidad.

—Déjate, Pablo, de casualidades, y escucha lo único que hay de serio y de racional en esta cuestión.

Porque es evidente, amigo mío, y esto lo entiende el obrero como el filósofo, que la creación supone un creador, como la máquina supone un maquinista; y si la máquina es de infinita, ó á lo menos de grandísima perfección, supone un perfectísimo y sapientísimo maquinista. Pues bien: vienen los primeros, los de la *capa del estudiante*, y te dicen: «Hay sol, y luna, y estrellas, y flores, y todo lo que tú ves y admiras; pues créeme bajo mi palabra de ateo que todo ello es así porque las partes y piezas de toda esa maquinaria se juntaron un día y... echaron á andar... *por casualidad*»

—¿Pero esos hombres comen paja e-
bada, ó....?

—¡Ca, hombre! Muchos tontos los llaman sabios; pero al caso. ¿Qué diríamos de un hombre que mostrándonos desde la cima de una montaña un magnífico país, poblado de hermosas ciudades y aldeas, con magníficos palacios y jardines, alamedas, fuentes y canales, luego nos dijese con có-

mica seriedad: «Pues bien: hace cincuenta años que no se veían aquí sino piedras y arena; todo lo que ves ha nacido por sí mismo; estas ciudades y castillos, estos palacios y caminos, se han fabricado ellos solitos; por sí mismos han tomado esos canales sus varias y alineadas direcciones; en todo esto no ha puesto la mano el hombre?»

Al que tal dijese, ¿pudiéramos acaso no tenerle por loco?

Por consiguiente, mucha razón tenía aquel filósofo que, acusado de ser ateo, cogió una hierba y dijo: «Si yo dudase de la existencia de Dios, esta hierba me la persuadiría.»

—¿Y todo esto no se podría explicar de este modo? A ver si me explico yo. Por ejemplo: yo soy hijo de mi padre, mi padre de mi abuelo, mi abuelo de mi bisabuelo, y así una lista de abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, que llegase de aquí á Finisterre y no se acabase jamás. Porque es lo que yo me digo: si siempre ha habido *abuelos*, ó sea hombres, no ha hecho falta que críe nadie á nuestro primer abuelo.

—Tú has oído campanas y no sabes dónde. La lista ésa ó genealogía de tus abuelos,

alguna vez se acabaría. ¿Has visto tú alguna lista sin que alguien sea el primero en ella? Además, ni tú, ni tu padre, ni tu abuelo, como ni yo, ni ningún hombre, ni cosa en el mundo, es de absoluta necesidad; maldita la falta que hacemos, esto es, que podemos existir ó no, y lo mismo se puede raciocinar de todo; luego si nada es necesario y puede ser ó no ser, hace falta *algo* que nos haga ser. ¿Entiendes esto bien?

—Sí que lo entiendo; aunque, como tengo la cabeza turbia, veo pocas cosas claras.

—Pues oye otra razón, y no me interrumpas:

En segundo lugar, Dios se ha dado á conocer al hombre por medio del gobierno del mundo. ¿Quién podría contener la risa si alguno dijese que una nave vacía zarpaba todos los años, por ejemplo, de Cádiz, y sin capitán ni piloto daba vuelta al mundo sin dejar jamás de volver á un tiempo fijo al puerto de donde salió? Ciertamente, quien tal dijera recibiría una silba como para él.

¿Y qué otra cosa dicen los que tienen la osadía de asegurar que no hay ser alguno inteligente que dirija al Sol, el cual

desde hace miles de años da vueltas alrededor de la Tierra, ó más exactamente, la Tierra alrededor del Sol, como la Luna alrededor de la Tierra, y todo esto sin desviarse un punto de su carrera, que es demás de cien millones de leguas, añadiendo además que todos esos tan regulados y constantes movimientos son por completo casuales?

Suponte, Pablo, que hubiese en alguna parte un reloj que, no sólo marcase las horas y los minutos, sino que también indicase exactamente el doble movimiento de la Tierra, el curso de la Luna, de todos los planetas y de sus satélites, juntos con los movimientos de todos los cometas; que señalase además las estaciones del año, los cuartos de Luna, los eclipses y otras cosas de este tenor. ¿Quién sería tan estúpido y loco que atribuyese al acaso tal obra maestra? ¿Quién no admiraría, al contrario, la singular inteligencia del artífice?

El cielo, la tierra, los mares, los elementos, el hombre, las plantas, los animales, todo se enlaza y se encadena, formando un gran todo bien regulado, que llamamos universo. Pues el mundo no es una masa infor-

me en que yacen mezclados entre sí, sin plan alguno, el aire, el fuego, la luz, el vapor, el agua, la tierra y demás cosas que admiramos.

No, nada de esto hay, como la simple observación lo demuestra á todo hombre sensato. Ahora bien : en donde hay partes distintas y separadas que se unen de una manera regular para formar un todo, allí hay orden, y este orden es tanto más admirable cuanto más numerosas y diferentes son las partes de que se compone y cuanto más larga es la duración del orden mismo.

—Pero, Padre, ¿podrá V. negar que muchas cosas suceden aquí por casualidad, y que así también todo este *tinglado* será casual?

—Pablo, esa insípida objeción es más vieja que nuestro padre Adán, y ya le dió conveniente respuesta hace muchos siglos un filósofo gentil, diciendo que aunque pudiese suceder que un animal inmundo, hociendo en la tierra, formase por *casualidad* la letra A, ó cualquiera otra, sin embargo, es cierto que jamás llegaría á componer todo un libro como el *Quijote*, por ejemplo. ¿Qué libro se ha compuesto jamás tirando letras al suelo? ¿Ni qué cuadro arrojando tintas al azar?

Ahora bien : la fabrica del universo requiere más inteligencia que la composición de un libro. Es, pues, una gran necedad no querer reconocer en la creación y en el orden maravilloso del mundo la divina sabiduría que le crió y que continuamente le gobierna. Este orden no es un sueño, no es vano juego de la imaginación ; antes es necesario reconocer que un efecto tan admirable no puede existir sin su correspondiente causa.

—¿Y qué me cuenta V. de esa señora que llaman Naturaleza mis *tribunos*, y con la cual, como si fuese *ingüento* amarillo, lo curan todo? Todo lo hace la Naturaleza, todo lo sabe la Naturaleza, y dale con la Naturaleza, y la Naturaleza por arriba y la Naturaleza por abajo, y no hay ni más Dios ni Santa María que esa señora, que debe ser muy poco honesta porque en todo se mete....

—En efecto, amigo mío, el ateo, en su atolondramiento, replica que este portentoso orden del mundo es obra de la *Naturaleza*. ¡Qué disparate! ¿Pues qué es la Naturaleza sino ese mismo libro inmensamente grande, en que vemos escritos con caracteres indele-

bles los atributos de la omnipotencia y sabiduría del Criador? ¿Á qué investigador sensato puede ocultársele que la Naturaleza no obra sino según una ley que existe en ella? ¿Puedes dudar?

Pues dime: ¿por qué de una avecilla no nace un elefante? ¿Por qué de un espino no viene un racimo de uvas? ¿No es verdad que la razón es porque eso se opone á la ley de la Naturaleza? Hay, pues, una ley en la Naturaleza. Ahora bien: no se puede imaginar una ley sin un legislador: ¿quién puede ser legislador de la Naturaleza sino sólo Dios, que la crió, y que es infinitamente superior á ella? ¿Por qué no puedes tú mandar á la Naturaleza, por ejemplo, que llueva, ó nieve, ó relampaguee, ó que el sol aparezca cómo y cuándo tú quieras? Y no lo puedes porque no eres superior á la Naturaleza, sino que, como criatura, eres una parte de la misma Naturaleza. Por consiguiente, la Naturaleza no puede darse á sí misma las leyes que la rigen. No; no es la Naturaleza, sino sólo el Criador de la Naturaleza, Ser personal y sumamente inteligente, el que es su Legislador.

¿Qué dirías si, preguntado por el autor de un bellissimo retablo, se te respondiese que el pintor fué la misma Naturaleza? «Eso es imposible, responderías: la Naturaleza carece de entendimiento, y para ejecutar semejante obra maestra se requiere inteligencia.» Pues bien: ¿puedes acaso presentarme mayor obra maestra que el hombre figurado en esa pintura? ¿Que el hombre mismo que ve, que oye, que habla, que vive, que tiene alma? «Yo te doy cien años para considerar y ver si encuentras el más mínimo defecto en el cuerpo humano», dijo á un ateo el célebre antiguo médico Galeno.

—Pues yo conozco tuertos y jorobados y... que podían ser menos imperfectos....

—Déjate de guasas ahora, y fijate en las maravillas que encierra solamente el ojo, en cuya pupila se refleja con fidelidad todo un paisaje con sus mil y mil objetos. Muchos libros se han escrito ya para explicar solamente la estructura del ojo. ¿Y cuántas maravillas no encierra el alma con todas sus facultades? Y, sin embargo, ¿se querrá todavía decir que el hombre no sea otra

cosa que un juguete de la ciega Naturaleza?

En verdad, Dios no crió ya inmediatamente el cuerpo del hombre como crió el cuerpo de Adán, sin cooperación de la Naturaleza; pero en eso mismo se encuentra lo más maravilloso; pues Dios, no sólo crió la Naturaleza, sino que supo comunicarle una virtud en cierto modo creadora, de manera que un ser pudiese producir otro de la misma especie, reproduciéndose y aumentando el número de los seres desde el principio hasta el fin de los siglos.

Ciertamente hay artífices que saben hacer un buen reloj; pero, ¿dónde se hallará uno que construya un reloj el cual por sí produzca otro reloj? ¿No sería esto el milagro de los artefactos? Sin embargo, la Naturaleza, á pesar de su eficacia, es siempre un puro instrumento; ella obra y produce, sin saber en qué modo y manera se verifica. Y cuando la Naturaleza, como sucede en el hombre, obra por un fin racional y de un modo racional, si consigue ese fin esto no viene sino de aquel que, criando la Naturaleza, la bendijo diciendo: «Creced y multiplicáos.» (Gen., 1, 28.)

Y ahora, para que no todo sea sermón en serio, te voy á leer un cuentecito precioso,



Yo, cuanto más lo pienso, más infiero
Que no anda este reloj sin relojero.

como todos los suyos, que el incomparable director de *La Lectura Popular* publicó

hace años á propósito del relojito de marras, del que tantas veces te he hablado en esta conferencia. El cuento se refiere á una anécdota de la vida del impío Voltaire, que es la siguiente :

Voltaire no era ciertamente un devoto, ni un mojigato, y su testimonio no puede ser sospechoso. Un día fué invitado á presidir una de aquellas cenas filosóficas, tan en boga en el siglo pasado, y de donde salieron los libros y los libelos más infames que se han escrito. Bebíase durante ellas en grande ; acumulábanse, riendo, blasfemias sobre blasfemias, obscenidades sobre obscenidades. El viejo Voltaire, patriarca de todos aquellos bandidos, no estaba aquel día de buen talante. Advirtiéronlo ellos, y se quiso ponerle de buen humor con chistes y pullas contra Dios, ese enemigo personal *de todos los espíritus fuertes*. Los sarcasmos se cruzaban : éste deploraba la ceguera de los hombres que se obstinan en creer en la existencia de un Dios *imposible*; aquél se irritaba contra los cristianos, esos fanáticos, esos supersticiosos, esos miserables, esos enemigos de la humana razón.... Dis-

cutíase, reíase y vociferábase ; cada cual probaba á su vez con razonamientos magníficos que *no había, que no podía haber Dios* alguno.

El héroe de la fiesta sonreíase de vez en cuando por cortesía, pero no tomaba parte en la batalla. La dueña de la casa, asombrada de su actitud, le interpeló directamente, y le preguntó lo que pensaba sobre aquella cuestión magna.

Levantóse Voltaire, y señalando con el dedo el reloj, que acababa de dar la hora, contestó con estos versos :

*Yo, cuanto más lo pienso, más infiero
Que no anda este reloj sin relojero.*

Allá va, pues, el cuentecito, que te leeré en este periodiquín, que vale más que pesa.

V

La locura de mi amigo.

TENGO yo un amigo que, fuera de que suele pegarle á su mujer cada paliza que tiembla el ministerio, y de que suele hacer préstamos al mil por ciento, y de que suele no dejar honra sana con su lengua de hacha, por lo demás es un excelente sujeto,

muy corriente y, sobre todo, muy ilustrado.

Sosteniendo días pasados con ese amigo una de esas conversaciones con que aseguran que se mata el tiempo, decíame:

—Yo no puedo creer lo que nos cuentan los curas de que Dios lo ve todo, lo oye todo y lo sabe todo, hasta el extremo de vigilar desde el fondo de la eternidad todas nuestras acciones para darles su premio ó su castigo.

Contestación mía:—Algo de eso me pasa á mí, pero no con Dios, sino con el relojero de la esquina.

—Hombre, eso sí que es raro.

—Lo que V. oye: se me ha metido en la cabeza que el infeliz, creyendo tener buenos ojos, buen oído, buenas manos y muy buena inteligencia para su oficio, ni ve, ni oye, ni sabe una palabra de lo que se hace.

—¿Cómo puede ser eso? (me replicó sorprendido.) ¡Pues si precisamente acaba de arreglarme este reloj (añadió sacando del bolsillo un magnífico cronómetro), que, como V. ve, es una soberbia pieza, bonita y bien construída, y que no sólo señala las horas, sino que además señala los días del

mes, los meses del año, los cuartos de luna y las cuatro estaciones, amén de una preciosa sonata de música que repite cada vez que se toca cierto muelle!

—Sí, señor (contesté yo); comprendo que el reloj es muy bonito, que está muy bien construído, que su mecanismo es ingeniosísimo, que es muy linda la música que toca, y todo lo que V. quiera; pero ni por esas me convence V. de que el autor de ese reloj no sea ciego, sordo y manco, y que, por añadidura, no entienda ni una palabra de relojería.

—Pero, hombre, no sea V. bárbaro (gritaba ya cargado mi buen amigo). ¿Cómo quiere V. que un ciego haya podido dibujar cosa tan linda, que un sordo haya podido inventar música tan agradable, y que un torpe sin inteligencia ni poder haya podido combinar tanta rueda, tanto muelle, tanto engranaje y tanta diablura? Ó V. está loco, ó se burla de mí.

—Ni estoy loco, ni me burlo de V., querido mío (le repliqué con gran calma); antes, por el contrario, discurro tan sabiamente como V. discurría hace poco.

—¿Como yo?

—Sí, señor; V. ha empezado por decirme hace un momento que no podía creer de ningún modo que Dios viese, oyese y combinase todas las cosas por medio de su sabia providencia, y yo, siguiendo la doctrina de V., digo lo mismo de mi vecino el relojero.

—Está bien (contestó mi amigo un poquillo turbado, presintiendo adonde yo iba á parar); pero tenga V. en cuenta que V. lleva su terquedad hasta un extremo muy ridículo, pues cuando se tiene delante una obra maestra como la que yo pongo ante su vista, á no haber perdido el juicio nadie se atreve á decir como V. que esa obra la hizo un tonto, manco, sordo y ciego.

—Pues si eso es así (le contesté yo), si es necesario estar loco para sostener que sin inteligencia, sin vista y sin oído puede construirse un reloj que señala las horas, los días y las estaciones, ¿cree V., desdichado, que estará en su razón el que afirme que no ha sido preciso oído, vista, poder ni entendimiento para construir este gran reloj que se llama el mundo, que no señala

las estaciones, sino que las produce, y que no señala los días, sino que los hace? Si el que construyó el reloj de V. no pudo menos de tener ojos, ¿el que construyó el ojo puede suponerse que estuviese ciego? Si el que organizó las ruedas de ese cronómetro no pudo hacerlo sin inteligencia, ¿el que hizo la inteligencia le parece á V. que careciese de ella? Y ahora bien, amigo mío, ¿quién será más loco, V. que dice que Dios ni ve, ni oye, ni sabe lo que pasa en el mundo, ó yo que digo que el relojero de la esquina no tiene ojos, ni manos, ni oídos, ni entiende de relojería?

Aquí mi interlocutor perdió los estribos, y no sabiendo por dónde tirar, hizo lo que en tales casos suelen hacer muchos que se dicen sabios: empinarse sobre su propia ignorancia, y amontonar palabras huecas que ni las entiende quien las oye, ni quien las dice.

Usted no cuenta (replicó) con las fuerzas físicas, las leyes de la naturaleza, las...

—¡Qué fuerzas, ni qué leyes, ni qué caracoles! (le interrumpí.) Todo eso son palabras y nada más. Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo el ojo pudo

estar ciego? Si el que construyó la máquina necesitó tener inteligencia, ¿el que hizo la inteligencia pudo carecer de ella?

¡Ah, filósofos pedantes! ¡Ah, sabios majaderos! ¿De qué os sirve llenar tantos



Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo nuestros ojos cómo pudo estar ciego?

libros de palabras huecas, si cuando llega la hora de discurrir sobre la cosa más sencilla y más natural del mundo la echáis á perder, y lo hacéis peor que el más humilde labriego? Eso quisierais vosotros, que Dios no os viese. Señal de que lo que hacéis no es para visto. Si, por el contrario, vuestra vida fuese pura, no pasaríais el tiempo inventando argumentos para negarle la vista

á Dios, sino que tendríais gran interés en concedérsela muy larga y perspicaz para que no se le pasasen por alto vuestros sacrificios. ¡Desdichados! Si aquí hay algún ciego, sois vosotros.

Después de estas palabras y pasados algunos instantes, volví la cabeza y miré á mi amigo, que parecía abstraído.

—¿En qué quedamos?— le interrogué volviendo á mi tono habitual.

Pero mi amigo no me contestó.

Miraba al suelo, y repetía como si nadie le oyese:

Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo nuestros ojos cómo pudo estar ciego?

Momentos después se separó de mí.

Desde que tuvimos esa conversación, pasaron algunos meses sin que volviese á verme. Me extrañó que así sucediera, y pregunté por él á otro amigo que lo era de los dos.

—Calle V. (me dijo); no le conocería V.

—¿Pues qué le pasa?

—No lo sabemos, pero le aseguro á V. que es otro hombre; V. recordará que era algo usurerillo.

— Psi....

— Pues está restituyendo todo lo mal adquirido. Además, V. sabe que tenía bastante abandonada á su familia, y que á la chita callando solía darle algunos palos á su pobre mujer; pues hoy es un modelo de padres y esposos. En fin, V. sabe que su lengua era un hacha..., pues hoy no despliega los labios sino para decir la verdad y para hacer justicia.

¡ Lástima que su cabeza esté algo extraviada!

— ¿Cómo extraviada? ¿Es posible?

— Así lo creen muchos al ver que dice cosas que no vienen á cuento.

— ¿Y qué cosas son ésas?

— Pues, mire V., dice: *Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo nuestros ojos cómo pudo estar ciego? Luego es indudable que Dios nos ve.*

Ya comprende V. que eso no viene á cuento.

— ¡ Ah! Vamos, pues si no es más que eso, dé V. un recado á su mujer, y dígale de mi parte que le pida á Dios conserve á su marido la locura.

— ¿Por qué?

— Porque, si no, va á tener que poner otra vez las costillas en remojo.

Está visto, caballeros. Hay *ilustraciones* que no producen más que garrotazos, usuras é infamias.

En cambio hay locuras que producen virtudes.

De donde yo deduzco que los verdaderos cuerdos son los que el mundo llama locos, y los verdaderos sabios los que el mundo llama ignorantes.

¿ Si sería por esto por lo que Jesucristo echó mano de doce ignorantes para salvar al mundo?

VI

Más pruebas. El grito de la conciencia y la voz de la humanidad.

NFINITAS pruebas más, querido Pablo, te podía dar de la existencia de Dios; pero temo que te aburras y de Padre Machaca me conviertas en Padre Machacón...

— Crea V., Padre, que no me aburro, y repito que toda esa *relojería y maquinaria*